

lo es, no por sistema, no por pasión, sino porque el abatimiento francés es una condición indispensable de su existencia. Todos los días se oye encomiar la importancia de las colonias tras-atlánticas para la marina francesa, y parece como que se mira con desden la colonia de mas estimación que en tiempo alguno ha poseído, porque estando á su alcance, porque constituyendo parte de un inmenso continente, le ofrece por el desarrollo de su comercio y de su poder marítimo, todas las ventajas de los demas establecimientos coloniales, sin tener ninguno de sus inconvenientes. La estension que las relaciones comerciales han tomado en los puertos franceses del Mediterráneo, con posterioridad á la conquista de Argel es un hecho sin réplica: abandónese, y muy pronto Marsella, Tolon y todo el Mediodía de Francia, sufrirán las consecuencias lamentables de esta impericia, y el comercio quedará reducido á la nulidad.

¿Por qué medios se conseguirá que cuanto antes la colonia de Argel sea realmente productiva para la Francia, ó al menos de qué modo se podrá verificar que se baste á sí misma? Favoreciendo simultáneamente los progresos del comercio y de la agricultura, porque en un país donde aquel solo está sostenido por los productos de esta, el incremento que recibiría el cultivo de los cereales, de los olivos, de las moreras, del algodón, de la cria de toda clase de ganados, y particularmente el caballar, pudieran influir poderosamente en la masa de las transacciones comerciales. Tal vez convendría mejor dejar el cuidado de semejantes progresos á las necesidades y á las tendencias de los indigenas, que por su propio interés formarán causa comun con los franceses cuando vean que su dominio en Africa es un hecho ya consumado que deben aceptar, si no con alegría, con resignacion al menos.

La naturaleza de esta obra no consiente mas amplio desarrollo: el lector que quiera conocer mas á fondo todo lo concerniente á la colonizacion de Argel puede consultar lo que ha escrito Mr. Bande, donde este administrador la ha tratado con toda la superioridad de un hombre acostumbrado á los negocios y conocedor del país. Igualmente puede consultar una obra mas reciente de Mr. Evaristo Bavoux, que tiene por título *Viage político y descriptivo al Norte de Africa*, en cuya obra, en medio de ideas atrevidas, se encuentran detalles del mayor interés y varias consideraciones que denotan grande inteligencia y estension de conocimientos. El lector podrá tambien ver con fruto la relacion hecha por Mr. Blanqui á la Academia de las ciencias morales y políticas de París, sobre el estado actual de la Argelia. En cuanto á los documentos de estadística se hallarán reunidos en la *Noticia (Tableaux)* anual que hace aparecer el ministro de la Guerra acerca de la situacion de los establecimientos franceses en la Argelia.

Hecha la historia de la Argelia, fuerza es ya entrar en pormenores acerca de su situacion geográfica, de su parte monumental y de sus costumbres, para seguir en todo el método ó plan que nos propusimos al comenzar esta obra de viages.

La primera ciudad de alguna importancia que se encuentra en el territorio francés, despues de pasar la frontera tunecina, es La Calle, antigua factoria francesa, bien conocida de los pescadores de coral que allí se reunian. La ciudad, que cuenta mil habitantes, está pintorescamente situada sobre una roca, y toda

la campiña de alrededor ostenta un rico arbolado. Tres lagos bañan sus praderas, y á pesar de sus aguas estancadas, el aire allí es sano, y las fiebres malignas y mortales en otros puntos de la costa se curan fácil y prontamente. A poca distancia hay abierta una mina de plomo argentífero muy abundante, de fácil explotación, y que es de esperar devuelva á esta region la vida y moradores que le faltan.

Derecha al Sur, unos 17 kilómetros y medio de la costa, se eleva Tebessa, antigua ciudad romana, donde se fabrican muy bellas telas de lana, pero cuya posesion mas pertenece de derecho á la Francia que de hecho, pues si la bandera francesa no se pasease de tiempo en tiempo en su recinto, seria imposible obtener de las guerreras tribus que la habitan el impuesto que se les tiene señalado. De Tebessa, viniendo por Bona, el punto mas importante que se encuentra es Guelma, la antigua Calama. Esta ciudad, que los franceses han sacado del olvido de sus ruinas, comienza á tomar nueva vida, y los centros creados hace pocos años en sus cercanías, han dado á su comercio actividad y ventajas. Los terrenos que la rodean, particularmente los de Ouled-Dan, están bien regados y ostentan una vegetacion magnífica: á 16 kilómetros de aqui, en el camino de Constantina, están las aguas calientes llamadas Hammam-mes-Kontin, cuyos saludables efectos se procuran bastante, y desde este punto á Constantina se estiende una llanura seca y desnuda, que es una especie de ensayo para entrar en el desierto.

Siguiendo por el contrario el curso de la Seybousa, y volviendo al mar, el viagero llega á Bona, donde San Agustin fué obispo, y donde Salustio tenia una casa de campo. Bona, situada en el fondo de una pequeña ensenada, en la cual desembocan la Seybousa y la Meboudja, está construida parte sobre una roca y parte sobre una llanura baja, que los cuidados de la administracion tienden constantemente á levantar: de todos lados por el alrededor se ven jardines, casas de campo, hermosos bosques de olivos, y en el fondo el Edough, alta montaña cubierta de encinas, cuyas aguas pasan á la ciudad por un acueducto, y alimentan un gran número de fuentes, y entre otras una colocada en la plaza principal, que está llena de árboles y rodeada de casas de columnas.

Bona no cuenta mas de 12,000 habitantes, la mitad europeos y los demas judíos y moros, apesar de lo cual, son pocas las ciudades francesas que relativamente presentan la animacion y movimiento de esta. Algunas ruinas dejan adivinar que fué una ciudad romana de alguna importancia.

Del otro lado y al Oeste del cabo de Hierro, en el antiguo golfo de Numidia, existia entonces una ciudad conocida con el nombre de Rusicada; hermosos restos, estatuas, y sobre todo magnificas cisternas, que acaban de ser restauradas, demuestran que en otro tiempo se ha alzado sobre la ribera una ciudad rica y populosa. Pero los árabes pasaron por estas ruinas y casi todo desapareció. Lo que daba mayor importancia á Rusicada es que era escala de Cirta, capital de la Numidia. Esta situacion fué examinada por la autoridad francesa, y una ciudad nueva ha comenzado á fabricarse hace algun tiempo sobre el mismo sitio, que es llamada por los franceses *Philippeville*, y cuenta ya 7,000 almas.

Despues de esta poblacion se ven sucesivamente en la ribera del mar Callo, el Kollops de los latinos, Gi-

geli y Bugia, de donde vienen las *bugias*, y donde están los restos de una antigua ciudad, y aparecen á cada instante en las casas modernas. Bugia es una poblacion de porvenir, que desempeñará indudablemente mas tarde un papel importante en la colonia, porque situada en la entrada de la Kabila, ademas de ser una de las bahías mas seguras de la costa argelina, es tambien el punto mas próximo á Setif, ciudad interior, que como punto estratégico y comercial nos parece tambien llamado á adquirir importancia.



Estátua erigida en Africa á un mozo de cordel.

Mas allá de Constantina, atravesando el desierto, se encuentran otras dos ciudades de algun interés. La primera es Bathna, junto á la cual se estienden vastísimos bosques de cedro, de tanto mas valor hoy, cuanto que el Libano ha perdido los suyos; la segunda es Biskarah, cuyos habitantes, verdaderos gallegos de la Argelia, se reparten por las ciudades marítimas

para emplearse en el oficio de mozos de cordel. Entre Bathna y Biskarah, el viajero, despues de haber atravesado á duras penas una tierra desnuda, y montañas cuya piedra abrasa los pies, da la vuelta á una roca inmensa entre pendientes que limitan sus pasos á cada momento; de repente ve delante de sí un puente romano echado sobre un estrecho y profundo torrente; se adelanta y se ofrece á su vista el espectáculo mas admirable; el desierto entero está allí, pero el desierto con sus hermosos oasis y sus infinitas palmeras, que se agitan al compás de la brisa, y que ostentan sus anchas hojas de verde y púrpura, mientras que un sol esplendente tiñe de oro y grana los espacios de un horizonte sin limites.

Constantina, capital de la provincia ó departamento á que da su nombre, no tiene sino poquitos recuerdos de su pasado nómada ó romano; ni Jugurta, ni los procónsules sus vencedores, han dejado allí huellas de sus personas. Es una ciudad completamente árabe, de calles estrechas, de patios interiores con galerías sostenidas por columnas, y con azoteas en cada piso. Pero lo que particularmente da carácter á Constantina es su posicion; situada como un nido de golondrinas, sobre una roca aislada, domina desde toda su altura el Rummel, que se ha abierto á sus pies un profundo torrente, que se precipita con incesante estruendo. Aunque hay algunas praderas, en general la campiña de Constantina es árida y seca. Por lo demas, es un punto de comercio, y el número de sus habitantes asciende á 20,000.

Pero tomemos el camino de Argel. Despues de haber pasado por Bugia, se encuentra sobre la costa el lindo pueblecito de Dellys, que desde el alto de una verde colina se refleja en las aguas. Pues á 80 kilómetros de Dellys se apercibe el blanco triángulo de Argel, que tiene su base en el mar, y apoya su cabeza en el Kasbah.

Argel, la El-Djezáira de los árabes, es una hermosa y gran ciudad, especialmente desde que la Francia ha enviado á ella ingenieros que la embellezcan. El muelle del puerto es notabilísimo, las calles Babazoun y Babeloued están formadas de casas dignas de Europa, y la plaza del gobierno se halla ceñida de balaustradas por uno de sus frentes, por el que forma una especie de azotea sobre el mar, con vista al puerto, á la rada y á las risueñas costas circunvecinas, que ofrecen agradabilísimo espectáculo. En calles donde no se sospecharia siquiera, existen aun casas morunas muy bellas. Si en un dia de mercado se para la vista por las calles animadas, en los uniformes franceses y moros que se cruzan, en los judíos, malteses, españoles y beduinos que se confunde, no pueden menos de sorprender tanta variedad, tal mezcla y semejante laberinto de hombres, creencias, intereses é idiomas. La poblacion de Argel llegará á 50,000 almas.

Entre los establecimientos mas importantes de esta ciudad, capital del Africa francesa, citaremos un jardín botánico, donde al presente se hallan plantados mas de 10,000 árboles estraños á la Argelia, que parecen aclimatarse en ella maravillosamente.

Una especie de ómnibus conduce al viajero al fondo de la llanura en Blidah, ciudad encantadora colocada al pie del Atlas y cuyos rápidos arroyuelos bañan bosques macizos de naranjos. Sus calles son derechas y están llenas de plantas que atraviesan de una acera á otra, proporcionando á los transeuntes sombra y frescura.

No hace diez años todavía, era necesario un ejército para ir desde Argel á Blidah, y hoy ni aun escolta se necesita; de ambas ciudades parten excelentes diligencias por la mañana y por la tarde, las cuales atraviesan en menos de cinco horas las doce leguas que las separan. Mientras duró el acceso febril por los caminos de hierro, los mas enfermos, es decir, los mas apasionados, cometieron la locura de proyectar un camino de hierro desde Argel á Blidah; pero afortunadamente han muerto, ó se han curado antes de haber podido llevar á cabo este increíble proyecto. Los quince ó veinte viageros, que hacen este camino diariamente, deben, pues, esperando la resurreccion ó la recaída de estos especuladores fabulosos, contentarse con la diligencia ó con el ómnibus.

y es de temer que ambas cosas continúen faltando mucho tiempo, segun el aspecto que presenta aquel pais.»

Pero ciñendonos al viage, diremos que en el Sahel es posible todavía la ilusion. Subiendo la vertiente septentrional, al pie y sobre las pendientes, se goza observando una de aquellas vistas encantadoras, que se graban demasiado profundamente en la memoria para que se borren jamás. Un mar estenso y cubierto de naves, que hace que desaparezca el horizonte que se confunde con el cielo; las olas que se mueven reflejadas por el sol, un golfo comparable solamente al de Nápoles, una ciudad famosa que se distingue por su deslumbrante blancura, que se eleva y engrandece á medida que nos acercamos á ella; sobre las colinas que dominan la rada, se ven elegantes y



Vista de Argel.—Pág. 236.

«En una época no lejana, dice un viagero, en que me hallé por aquellos países, la casualidad me colocó en el ómnibus con un árabe, una cocinera, un general francés, su secretario y su criado.

»Este general estaba condecorado con muchas órdenes, y además era comendador de la Legión de Honor. Conoció que yo era español, y en este idioma me habló respecto del Africa, y entre otras cosas, como si estuviese inspirado de una idea luminosa, exclamó: «Ya encontré la solución del problema que se ha estado buscando tanto tiempo. En Africa no hace falta mas que hombres y capitales.» ¡Magnífico descubrimiento y digno de la enfática arrogancia de un francés!

»Con efecto, faltaban los hombres y los capitales,

pintorescas poblaciones rodeadas de deliciosos árboles; estos son los atractivos cuadros que se presentan á la contemplación del viagero. Se atraviesan las colinas, y el paisaje cambia completamente de aspecto, y se desciende á pequeños valles, unos incultos y otros cultivados medianamente; se atraviesan aldeas nacientes protegidas por campiñas que prometen prosperar; se ven también hermosas fuentes, delante de las cuales descansa el fatigado caminante y siente alejarse de aquel sitio que ha reanimado sus fuerzas; se pasa por dos ó tres cafés morunos, donde los árabes agrupados duermen la siesta fumando su pipa y gustando de vez en cuando algunas gotas de su licor favorito. Recorriendo estos lugares, es indudable que nos creemos trasla-

dados á uno de los mas fértiles y mas pintorescos puntos del Mediodía de España. Sin embargo, bien pronto se destruye todo este encanto. Una larga costa conduce al punto culminante de la vertiente meridional del Sahel, y á su pie descubrimos la vasta llanura de Metidja, limitada al horizonte por la imponente cordillera del Atlas, y mientras que nos ocupamos en admirar estas bellas montañas, cuyos grupos semi-calcinados y cubiertos de una fecunda vegetacion se dibujan, se penetra en el mas espantoso desierto, que entristece y desalienta al mas valeroso é intrépido viajero.

Un millon de hombres podrian vivir tal vez cómodamente y sin consumir todos sus productos sobre esta llanura de diez y seis leguas de longitud y de siete á ocho de latitud, que se llama la Metidja, si fuese fertilizada y cultivada. Algunos centenares de colonos mueren allí atacados por la fiebre, y gastando en ensayos poco afortunados sus fuerzas y sus capitales. Lejos de embellecer las estériles soledades las apariencias de granjas, que se observan de distancia en distancia á cada lado del camino, le hace perder aquella severa belleza que debía tener cuando estaba enteramente abandonada á sí misma. Podria compararse esta llanura á un corpulento y hermoso salvaje que pretendiera ocultar su desnudez con harapos: mostrándose sin vestido, se admiraría al menos la elegancia de sus formas, el brillo de su encarnacion, el vigor de sus músculos; pero los guñapos que le desfiguran inspiran tal sentimiento de tristeza y disgusto, que volvemos la cabeza y cerramos los ojos. Este es precisamente el aspecto horrible que presenta la Metidja en su estado actual, y tan magnífica será el día que se cubra de aldeas, de granjas, de campiñas, de praderas, de vergeles y habitantes. Especialmente en este sitio faltan mas que en ninguna parte los hombres y los capitales: que acudan aqui en cantidad suficiente, y verán un éxito completo. ¿Pero cómo persuadirles para que se trasladen á este parage? *That is the question!* como me decia un inglés un día que hablábamos de esto mismo.

El camino no atraviesa mas que dos aldeas, que no afligen la vista ni el ánimo. Bouffarick, situado en la confluencia de muchos caminos, y regado por aguas abundantes, ha visto embellecer sus casas y sus jardines á un mismo tiempo. Su poblacion es bastante dichosa para que piense en divertirse. «El día de mi pasaje por aquel sitio, añade el espresado viajero, las paredes de las posadas, pues allí hay muchas, estaban cubiertas de un soberbio cartel de anuncio, amarillo, que con gran sentimiento mio no tuve el tiempo necesario para copiarle. Un tal Lorenzo ó Tomás, he olvidado completamente el nombre de este personage extraordinario, hacia saber á los habitantes de aquella poblacion, previo el permiso de las autoridades, que se proponia consagrar todas sus tardes á la diversion de sus habitantes. Cada día de la semana, de tal hora á tal hora, mediante una módica retribucion, podrian procurarse el placer de verle y escucharle. El lunes bailaria sobre la cuerda tirante y haria otros ejercicios de equilibrio; el martes tocaria el violon y el cornetin de piston; el miécoles improvisaria versos sobre temas que el público era dueño de darle; en una palabra, el jueves, el viernes, el sábado y el domingo daria tambien sus representaciones especiales.»

Mered se hace acreedora igualmente á una honrífica mencion. Es ó era una colonia militar. Aun cuando menos grande, menos brillante que Bouffarick, esta

aldea inspira ideas alegres al viajero que la atraviesa; y sin saber precisamente por qué, se tiene fé en su porvenir. Gloriosos hechos de armas se han verificado en sus cercanias en tiempo de la conquista francesa: no nos detendremos en su historia.

Blidah es ó debía ser una ciudad francesa, porque la antigua no existe ya. La calle de Blidah, de la cual damos una muestra en uno de los grabados que adornan esta obra, es tal vez la única que ha conservado su antigua fisonomía, aunque ha sufrido, no obstante, numerosas mutilaciones. Por todas partes se ven anchas calles tiradas á cordel, y casas de dos y tres pisos. Destruida la ciudad árabe, varios especuladores compraron sus ruinas, y despues de haberlas derribado enteramente, se apresuraron á construir una ciudad francesa. Imaginaron que su ventajosa posicion, sus abundantes aguas y sus numerosos naranjos atraerian á Blidah una poblacion igual á la de Argel, y se estableció la competencia de quién edificaria mas pronto las casas mas estensas y las mas altas, para que residiesen en ellas los habitantes que ya suponian en marcha. Todos los días, los emprendedores, subidos en la parte mas elevada de sus edificios, estimulaban el celo de sus obreros, como si hubiesen visto acudir de todas partes y apiñarse á las puertas de la ciudad á sus impacientes inquilinos. Pero vino un momento en que se disiparon estas increíbles ilusiones; se equivocaron por desgracia. En vano se buscaria en toda el Africa francesa un hombre, por escéntrico que fuese, que hubiese establecido voluntariamente su domicilio allí para vivir en él con sus rentas; sin capitalistas ¿cómo poblar una ciudad donde no hay ni puede haber todavía comercio ni industria? El problema es insoluble. Por esta razon Blidah nunca fué poblada; muchas casas fueron construidas ó comenzadas ó construir; y unas se acabaron, otras se quedaron á medio hacer, y otras apenas se empezaron cuando fueron abandonadas; los menos activos han sido los mas dichosos. Terminadas, es creible que hubieran podido contener una poblacion de mas de 30,000 almas. El 31 de marzo del año de 1831, Blidah contaba 3,979 habitantes; seis menos que el 1.º de enero. Seria imposible formarnos una idea del aspecto desolador que presenta esta desgraciada ciudad, muerta sin haber vivido; muerta antes de haber nacido, y que no resucitará, aun cuando otros especuladores no menos insensatos que sus fundadores, encuentren accionistas desprovistos de sentido comun y deseosos de arruinarse, para suministrar los fondos necesarios á la construccion de este famoso camino de Argel á Blidah, del cual se dice que han pedido la concesion.

«Despues que bajé de mi omnibus y me separé del general francés, prosigue el viajero antes citado, y me vi solo en la plaza mayor de Blidah, entonces completamente desierta, de las 15 ó 20 casas que la constituyen, no conté mas que dos ó tres que pareciesen estar habitadas, se me oprimió el corazon. Si el camino de hierro hubiese existido, hubiera partido al momento, aun cuando hubiese tenido que fletar á mis espensas un convoy especial. Me parecia que no saldria bastante pronto de esta triste ciudad. Anduve errante por aquellas solitarias calles, buscando en vano medios de huir, cuando al dar la vuelta á una ruina me encontré dos franceses desconocidos y un español que habia conocido en Gibraltar. La Providencia se compadeció de mí. En el momento que mi spleen llegaba á ser tan violento, que me hubiera dejado degollar, no solo sin resistencia,

sino con placer, la Providencia, repito, me envia tres amigos que habian tenido el valor de vivir en Blidah tres meses y nueve dias. ¿Cómo recompensar dignamente semejante encuentro? Habité en su posada, y á la mañana siguiente me llevaron á dar un paseo, del que guardo un recuerdo eterno.

»Primero fuimos á visitar el bosque sagrado y sus hermosos naranjos; debería decir sus vestigios, porque el genio militar ha destruido y saqueado las cercanías de Blidah; ni la edad, ni la belleza pudieron salvar los árboles condenados al suplicio del fuego. Centenares de olivos han caido bajo el hacha devastadora, juntamente con los naranjos y los granados, cuya vigorosa juventud parecia prometer pronto un siglo de flores, de perfumes y de frutos.

»En la época en que yo visité á Blidah, los naranjos estaban todavía verdes, y los limoneros comenzaban apenas á amarillear. Habiendo distinguido en un jardin muchos naranjos cubiertos de soberbios frutos, entré en él, pues la puerta se encontraba abierta, y dos árabes fumaban allí en su pipa á la sombra de uno de los mas hermosos árboles, en la márgen de uno de estos arroyuelos que corren con dulce murmullo y fecundan tan magníficamente este rincón de tierra favorecido del cielo. Estas naranjas, cuyos seductores colores me habian encantado, estaban tan maduras, que muchas, separadas de sus ramas, brillaban como bolas de oro sobre el espeso tapiz de verdura, que cubria el suelo. Hacia un calor sofocante; sentí un vivo deseo de refrescar mi boca alterada; nunca habia comido yo naranjas á la sombra de un naranjo: los frutos cogidos del árbol ó reunidos á su pie tienen, ¿quién no lo sabe por esperiencia? un sabor especial y esclusivo; en fin, algun diablo me tentó y me bajé para coger una naranja.

»Mi entrada en el jardin no habia parecido, yo debo confesarlo, causar mucho gusto á los dos árabes que se hallaban allí reunidos. Sin embargo, se contentaron con manifestarme su enojo por medio de un gesto repugnante. Pero á este gesto se levantaron como si los hubiera picado un reptil, y adelantándose hácia mí con aspecto amenazador, me hicieron señas de renunciar á mis ideas de probar los frutos. Indignado de su poca hospitalidad, cogí con prontitud una naranja, y sacando mi bolsillo les ofrecí en pago una moneda de plata. Entonces ellos lanzaron gritos horrosos y recogieron las naranjas, que pisotearon con violencia, dando á su fisonomía una espresion de horror y de disgusto. Yo no entendia ni su lenguaje ni su pantomima.

— « Ah! consientes mejor, dije á aquel que me parecia mas furioso, destruir tus frutos que venderlos á un cristiano; pues bien, para castigarte no te pago el que me he apropiado.

»Yo estaba exasperado. Terminando por un gesto espresivo esta arenga, de la que mis oyentes no habian comprendido una palabra, procuré por segunda vez morder la naranja; pero uno de ellos, no menos irritado que yo en la apariencia, se aproximó para cogerme el brazo é impedirme por fuerza consumara mi crimen. Ya no pude contenerme, y levantaba mi baston con una mano y con la otra llevaba la naranja á la boca, cuando mis amigos, atraidos por el ruido de esta contienda, entraron en el jardin y se interpusieron.

»Todo se esplicó entonces; estos propietarios inhospitalarios, á quienes yo colmaba de injurias y á

quienes me disponia á apalear, eran los hombres mas honrados del mundo. Sus gestos, sus discursos, que yo interpretaba tan mal, tenian por objeto, si no salvarme la vida, al menos evitarme un horroroso castigo. La naranja, madura antes de tiempo y caída, y con la cual queria regalarme á pesar de tan benévolas observaciones, no se come nunca, pues generalmente este fruto caido origina los cólicos mas atroces á los que se dejan seducir por su hermosa apariencia. Después de haber dado las mas afectuosas gracias á los dos árabes salí del jardin, siguiendo paso á paso á mis guias, prometiéndome desde entonces ser menos pronto en mis juicios.

»Entramos despues en una garganta estrecha y salvaje, dominada por las mas altas montañas de esta parte del Atlas. El lecho del torrente que seguimos es ancho y pedregoso; está húmedo en ocasion de alguna tormenta ó durante el tiempo de las nieves; pero en tiempo sereno está casi enteramente seco. Llámase á este parage el Oued-el-Keber: despues se pasa por un acueducto que distribuye las aguas á Blidah. Comenzado este acueducto en 1843 se terminó en 1844, segun me dijeron mis compañeros.

»Estos pormenores que apunté no me ocuparon, sin embargo, entonces, pues me paseaba á la sombra de magníficos laureles rosados, en flor, que sobresalian sobre mi cabeza mas de media vara. Jamás ví cosa mas bella en este género de plantas; no podia apartar mis ojos de esta extraordinaria vegetacion. En vano el Oued-el-Keber y el Atlas me ofrecian mil cuadros encantadores; estos gigantes laureles rosados me habian cautivado de tal manera, que cuando ví á mis guias separarse de ellos para girar á la izquierda y subir á una colina me negué á seguirlos. No obstante, concluí por ceder á sus instancias, y nos encaminamos hácia un olivar, hácia un bosque de lentiscos, de tal manera espesos, que parecian impenetrables. Como otros bosquecillos por delante de los cuales habiamos pasado, encerraba un nido de árabes; un pasage hábilmente disimulado condujo á lo interior de este pueblecillo; cada choza estaba tan bien oculta, tan bien defendida como el pueblo mismo. Sin el ladrido de los perros y la gritería de los chicos nos hubiera sido imposible descubrirlos. No vimos ningun hombre. Los árboles que ocultaban estas habitaciones no permitian llegar allí mas que una luz casi dudosa; en algunos puntos creí distinguir detrás de una rama mas poblada de hojas que las demas, dos puntos luminosos semejantes á las miradas fijas de ciertos animales de emboscada y traidores, cuyos ojos brillan en las tinieblas... Los niños y los perros se callaron; el silencio llegó á ser tan profundo como la oscuridad, y nosotros subimos de esta manera hasta el cementerio, donde descansaban los muertos de esta tribu. Era de forma cuadrilonga, y estaba enteramente cubierto de yerba y rodeado de una simple balaustrada. Algunas piedras empinadas indicaban la posicion de los sepuleros; en el centro se veia una pequeña capilla (*goubba*), y cerca de esta *goubba* rezaba una muger anciana. Cuando nos vió se puso en pie y nos hizo señas para que no nos acercáramos; pero algunas monedas calmaron su temor y acallaron sus escrúpulos, y nos dejó descansar algunos instantes en el campo del reposo eterno, en el asilo mas tranquilo, mas solitario, mas fresco, mas sombrío y mas misterioso que un poeta ó un artista enamorado pueden soñar sobre la tierra.

»A mi regreso á Blidah tuve una desagradable no-

ficia. El único caballo que habia entonces disponible en la ciudad, y que debia conducirme al dia siguiente a la Chiffa y a las minas de la Mouzaïa acababa de caer gravemente enfermo; sus médicos sospecharon

tes, tomados de los *Estudios sobre las minas*, de un viajero aleman que ha visitado estos paises y que goza reputacion de exacto y veridico.

»Las minas de la Mouzaïa están situadas en un va-



Barberia en Argel.

que era imposible poderle salvar. No pudiendo esperar una cura tan problemática ni emprender á pie semejante camino, volví á Argel aquella misma noche, por cuya razon no pude sacar mas que unos ligeros apun-

lle del Atlas, entre Blidah y Medeah, sobre la vertiente meridional del Feniah de Mouzaïa. Los filones metalíferos contenidos en un terreno de arcillas grises, y compuestos de hierro espático y de barito sulfáteo,